

SOBRE UN VIAJE IMAGINARIO

Abril. '08

En los últimos meses demasiadas reuniones, demasiadas llamadas, demasiados compromisos con unos y con otros habían absorbido sus vidas. La decisión había sido París porque hacía tiempo que ninguno de los dos la visitaba y porque, según se empeñaba Marcelo, para dos enamorados era casi obligado celebrar al menos una fecha de pareja en el santuario del romanticismo.

Esa mañana amaneció con niebla. ¡El tiempo británico!, pensó ella. La habitación era cálida y con un cierto aire de otra época, el balcón diminuto ofrecía vistas al Pont Neuf.

Una señora que flotaba sobre unos finos tacones estaba alzando su voz al ver que un grupo de patinadores acababa de atropellar al perro petulante que la acompañaba. En la esquina de enfrente, unos músicos con ansias de jóvenes promesas intentaban reunir corrillo suficiente para mantenerse esa semana.

- ¡Qué bonito es el Thamesis, verdad!

Marcelo no pareció oírla y siguió ultimando la ruta, había dedicado la última semana a preparar cada uno de los momentos del viaje con especial fervor. Las campanas de una iglesia cercana estaban dando las 11 cuando se despidieron del conserje de la recepción.

- Bye Sirs, take care and enjoy the city. Have a nice day.

Anduvieron por las orillas del río, sus manos se apretaban intentando calmar el frío con el que la ciudad les estaba dando la bienvenida. Sin dejarla acabar sus frases, Marcelo la interrumpía una y otra vez con múltiples besos.

- Estás contenta, ¿verdad? Por fin estamos aquí. Sabía que podríamos....
- Anda, mira esos bobbies, ¿porque habrá ese alboroto??

Fueron aproximándose a La Ille. Marcelo hacía gala de sus dotes de historiador, y a pesar de ser información que los dos ya conocían, con su voz tranquila, que parecía tutelar el "uno, dos" de los pasos, iba narrando todos los pormenores de La Catedral. Que si se había empezado en el s. XI y era una de las mejores

muestras del gótico, que si el personaje del jorobado vivía entre la ficción y la realidad, que si las gárgolas...

A Eleonor los sonidos se le iban haciendo lejanos y los nervios empezaban a pellizcar su estómago. Solía pasarle cuando un monumento importante, de repente, iba a quedar delante de ella.

Y ahí, justo agotándose la voz de Marcelo, estaba Buckingham Palace. Justo en el momento del cambio de guardia. Hubiera sido emocionante haber coincidido con la salida de la Reina, como aquella vez.

Ante la avalancha de turistas, y después de tomar unas cuantas fotos, siguieron la marcha hacia la Place des Voges, para visitar la casa de Víctor Hugo.

- Yo creo que a la vuelta a Madrid, podríamos volver a pensar en...bueno, en lo que hablamos el otro día en la cena... ¿No crees?. Le daba vueltas una y otra vez al botón de su chaqueta, sonreía pero sus ojos interrogaban con impaciencia.

Eleonor apartó la vista, contestó casi con un susurro. "Si, claro, si, ya quedamos así".

Se apretó entonces la bufanda con fuerza, y se quedó inmóvil ante el escaparate de una zapatería. Diez pares estaban expuestos dentro de cajas redondas de colores, abrazados de forma cuidadosa con papel de seda. Decorando el espacio entre ellas, en atriles muy pequeños, se mostraban libros de gran formato con ilustraciones de diferentes diseñadores de zapatos. Los de terciopelo verdes con tacón eran casi idénticos a los que se había comprado tres años antes en Oxford Street. Habían sido los zapatos más bonitos que había tenido. Tan diferentes a otros. Tan especiales. Había sido curioso como encontraron esa tienda y empezaron a conversar de forma agradable un rato largo con aquella encargada, como él la había animado a probárselos, como cuidaron la bolsa todo el día, sin dejar de prestarle atención ni un solo minuto, no fuera a ser que pudiera evaporarse, y como esa misma noche, los había querido estrenar en el romántico restaurante del Soho. Al día siguiente, los zapatos fueron lo único, que entre el revuelo de la ropa deslizada por la habitación, seguían erguidos.

- Hace más de un año que ya no los tengo. Tuve que tirarlos.
- Perdona cariño, ¿dices algo?
- Nada....pensaba en mis zapatos verdes de tacón.

La figura de la dependienta entrometiéndose en el escaparate le hizo mover la vista. Vio entonces su cara reflejada en la vitrina, junto a la de Marcelo, que estaba leyendo la guía y que con un movimiento extraño de nariz se encajaba las gafas.

- Marcelo, ¿cuánto hace que llevas las gafas?
- ¿Qué? ¿las gafas? Va a hacer un año y medio. ¿por?
- No, por nada, porque estaba pensando que te conocí sin ellas. El tiempo se nos come sin darnos cuenta, ¿no crees?

Marcelo cerró la guía y siguieron el paseo previsto. Él comentaba los detalles de cada rincón de Le Marais, la razón de ser de La Concorde, lo orgullosos que los parisinos se sentían de su Arc de Triomphe.

Su voz punteaba el recorrido, haciéndose cómplice de los pasos. "Un, dos".

Eleonor prestaba atención como si fuera su primera visita guiada. Y se iba invadiendo de excitación en cada parada, ante el Big Ben, al llegar a Picadilly Circus, curioseando en Portobello.

Era muy tarde cuando el domingo aterrizaron en Madrid, esa noche durmieron juntos, y quedaron para volver a verse el miércoles. Irían a tomar una cerveza cuando Marcelo saliera de la reunión.

El bar irlandés estaba tan lleno como de costumbre. No había empezado aún el concierto y variedad de gente de oficina hablaba con animación. Suponían que de anécdotas diarias, pero para ellos eran un simple murmullo. Aprovecharon la mesa arrinconada de la esquina, con poca luz y alejada del ruido.

Sus palabras fueron: "Marcelo, no".

Con suavidad le acarició el rostro, y se despidió con beso, quedaron quizás en llamarse.

Marcelo, serio, sin voz, la recorrió de arriba abajo cuando ella bajó del coche. Pensó que estaba muy guapa, y que esos zapatos verdes que le había contado que estrenaba la enaltecían como nunca.